

## A nuestros reaccionarios

ERNEST LLUCH

LA VANGUARDIA, 11.12.97

Hasta hace unas pocas semanas, las sociedades asiáticas eran el ejemplo, para nuestros reaccionarios domésticos, que debíamos seguir. Al igual que en el resto de las sociedades europeas, los reaccionarios les ponían como ejemplo de lo que debíamos hacer: desmontar todos los mecanismos que eliminaban los azotes de la vejez sin pensión, de la enfermedad sin seguro y de la enseñanza no asegurada. El aliento reaccionario olvidaba que en algunos de estos países dominan regímenes dictatoriales. Si mucho se les apuraba, les titulaban de “autoritarios” al estilo de lo que Juan José Linz y Stanley Payne hacen con el franquismo. Lo que no toleran, con razón, en Cuba lo toleran, sin razón, en estos países por la simple sinrazón de que son economías de mercado.

Un segundo argumento reaccionario es que estos países nos estaban inundando de productos debido a que no tienen los costes de la sociedad del bienestar y además salarios bajísimos, por lo que, si no les invitábamos a las buenas, nos veríamos obligados a copiarlos a las malas. Era difícil defender, por parte de voces solitarias, que por cada peseta que importamos de estos países importamos cinco de países con mayores salarios, mayor seguro de paro y mayores pensiones. La “vía asiática” nos colocaba en un camino equivocado y no en el de la certeza de intentar obtener más investigaciones aplicadas y más innovaciones, que son nuestros reales déficit y los que nos deben preocupar. La invasión “amarilla” es reducida y no tenía nada que ver con la sí mayoritaria invasión “blanca” de los que sabemos tienen mayores salarios y mayor bienestar.

La reciente crisis de los países asiáticos ha puesto en cuestión este doble envite de nuestros reaccionarios domésticos, aunque temo que continúen dando la vara en dirección equivocada. No pueden entender que la financiación de la sociedad del bienestar es difícil de mantener, pero no tener este problema rompe la cohesión de las

sociedades hasta destrozarlas económicamente. Las sociedades que están formadas por personas, no se olvide, no aguantan dilatados periodos de crecimiento económico con situaciones de desigualdad social profundas. Ni aguantan el no disponer de estructuras democráticas profundas, que son las que originan legislaciones económicas estables y modernas.

Michel Camdessus, exponente de estas posiciones reaccionarias, que es más experto en santa Teresa de Jesús que en los artificios necesarios para ser director del Fondo Monetario Internacional, explicaba el 29 de noviembre en el barcelonés IESE que la crisis asiática afectaría “poco a la economía mundial”. En todo caso, “unos pocos decimales de reducción” eran la trinchera de repliegue en la que se encerraba quien nos había vendido en los últimos años el “modelo asiático” como la utopía deseable. Había cobrado, se dice, un millón de pesetas para decir tal banalidad, equivocación o superchería. La evidencia de los hechos hizo que su número dos, Stanley Fischer, expresara en público una semana después que los pocos decimales eran 8, con lo que el crecimiento mundial previsto se reducía del 4,3 % al 3,5 %. Si no llega a ser “un poco”, estaríamos ante una catástrofe. Afortunadamente, la solidez, con problemas naturalmente, de países con mayores salarios y mayor Seguridad Social impide que la caída sea mayor. ¿Qué habrán pensado los antiguos alumnos del IESE de este cambio tan radical y en tan pocos días de su ilustre conferenciante?

Esta obsesión reaccionaria en descansar en algunos casos en regímenes “autoritarios” (la democracia es un lujo de sociedades avanzadas, según Robert Barro, de la Escuela de Chicago) con salarios baratos e inexistencia de sociedad del bienestar no parece detenerse en barras. Continúan afirmando en la crisis de la sociedad del bienestar sin corroborar sus ideas con cifras. Así, la sanidad pública europea gasta el 7 % del PIB, pero la estadounidense tiene un 16 % básicamente privado. Cara a la competitividad internacional, el coste del 16 % es muy superior al del 7 % de acuerdo con la aritmética más elemental, y es indiferente el que sea un gasto privado o un gasto público. Además, sabemos que los resultados sanitarios norteamericanos en enfermedades y en esperanza media de vida son peores que los españoles, lo que tiene costes laborales caros. A bastantes personas les afecta moralmente que, pese a este mayor

gasto y peores resultados, haya 40 millones de estadounidenses sin sanidad ni pública ni privada. Sustentar la quiebra de la sanidad pública, que no las dificultades de financiación, es ignorar lo costoso (e injusto) de la sanidad estadounidense en cuanto a la competitividad internacional al margen de su gran desigualdad social.

Lo que sucede es que, para algunos, los costes públicos, aunque sean menores que los privados, les parecen que son mayores aunque sea lo contrario. Una lluvia ideológica intenta que las cosas sean vistas al revés de lo que son. Muchos de nuestros reaccionarios no son laicos, es decir, no contrastan sus pensamientos con los hechos o con las cifras, tanto es su ennegarse por la desigualdad social. Ahora arbitrarán mil argumentos en favor del “modelo asiático” y calificarán la crisis de breve y superficial, aunque a lo mejor serán, como Michel Camdessus, desmentidos a los ocho días. Difícil será que esta lección no sea aprendida y bien aprendida.